

EPIGRAMA.

« Para dos perdices dos »,
Dijo allá el del Castañar;
Y así lo dejó pasar
Gente á la buena de Dios.
No lo escuchara ninguno
De estómago fuerte hoy día,
Sin replicar: « No, García;
Para dos perdices..... uno. »

(Idea oída á D. Eugenio de Ochoa.)

PRIMERA PARTE

DE

LAS TRES ROSAS,

POEMA EN TRES JORNADAS

POR

D. RAMON DE CAMPOAMOR.

PERSONAJES.

ROSA, madre de
ROSAURA, madre de
ROSALÍA.
JULIO MONTERO.
BLAS, marido de Rosaura.
DANIEL, novio de Rosalía.
UN AMANTE OLVIDADO POR ROSA.
UN MÉDICO.
SOR LUZ.

ROSA.

JORNADA PRIMERA.

ESCENA PRIMERA.

Los dos miedos.

JULIO.—ROSA.

I.

Al comenzar la noche de aquel día,
Ella, léjos de mí,
«¿Por qué te acercas tanto? me decía;
¡Tengo miedo de tí!»

II.

Y despues que la noche hubo pasado,
Dijo, cerca de mí:
«¿Por qué te alejas tanto de mi lado?
¡Tengo miedo sin tí!»

ESCENA II.

A rey muerto rey puesto.

JULIO.—ROSA.

Murió por tí; su entierro al otro día
Pasar desde el balcon juntos miramos;
Y espantados tal vez de tu falsía,
En tu alcoba los dos nos refugiamos.
Cerrabas con terror los ojos bellos.
El *requiescat* se oía. Al verte triste,
Yo la trenza besé de tus cabellos,
Y «¡traicion! ¡sacrilegio!», me dijiste.
Seguia el *de profundis* y gemimos.....
El muerto y el terror fueron pasando.....
Y al ver luégo la luz, cuando salimos,
«¡Qué vergüenza!», exclamaste suspirando.
Decias la verdad. ¡Aquel entierro!.....
¡El beso aquel sobre la negra trenza!.....
Despues ¡la oscuridad de aquel encierro!.....
¡Sacrilegio! ¡Traicion! ¡Miedo! ¡Vergüenza!

ESCENA III.

La última palabra.

EL AMANTE OLVIDADO.—ROSA.

Cuando yo con el alma te queria,
¿Quién presumir pudiera
Que á despreciar ¡infame! llegaria
En tí y por tí la humanidad entera?.....

ESCENA IV.

Hastío.

JULIO. — ROSA.

Sin el amor que encanta,
La soledad de un ermitaño espanta.
Pero es más espantosa todavía
La soledad de dos en compañía.

ESCENA V.

Las dos copas.

UN MÉDICO. — ROSA.

I.

Le dijo á Rosa un doctor :
« Se curan de un modo igual
Las dolencias en amor,
En higiene y en moral.

» Yo, aunque el método condene,
Lo dulce en lo amargo escondo :
Esta copa es la que tiene
Dulce el borde, amargo el fondo.

» Y por si quiere esa boca
Cumplir una vez mi encargo,
Tiene esta segunda copa
Dulce el fondo, el borde amargo.

» Dios, sin duda, así lo quiso,
Y esto siempre ha sido y es :
Tomar lo amargo es preciso,
Bien ántes ó bien despues. »

II.

Rosa luégo, de ánsia llena,
Dice en su amoroso afan :

« Mezclados cual dicha y pena
Lo dulce y lo amargo van.

» Merced á doctor tan sabio,
Ve, aunque tarde, mi razon,
Que aquello que es dulce al labio
Es amargo al corazon.

» Yo, que hasta el postrer retoño
Agosté en mi edad primera,
Brotar no veré en mi otoño
Flores de mi primavera.

» Fuí dejando, por mejor,
Lo amargo para el final,
Y esto, segun el doctor,
Sabe bien, mas sienta mal.

» Cumpliré una vez su encargo;
Tú, copa segunda, vén,
Pues tomar ántes lo amargo,
Si sabe mal, sienta bien.

» ¡ Oh, cuán sabio es el doctor
Que cura de un modo igual
Las dolencias en amor,
En higiene y en moral! »

ESCENA VI.

Un drama de familia.

JULIO.— ROSAURA.— ROSA (*oculta*).

I.

Siendo Rosa Valdés, segun mi cuenta
(Si bien por excepcion un poco rara),
Una mujer hermosa de cuarenta,
Que no tiene veinte años en la cara,
Casi es su otoño una estacion florida,
Lo mismo que lo fué su primavera,
Que es más bella tal vez que la primera
La juventud segunda de la vida.

De Rosa la hermosura es tan cumplida,
Que cual si fuese un velo
Cuando lo suelta al viento, toda entera
La oculta la madeja de su pelo,
Pelo que todavía
Un torrente sería
Del ébano más puro, si no fuera
Porque á veces, si lo ata ó lo desata,
Tiene ¡ oh dolor! que eliminar severa
Unos hilos de plata
Que matizan su negra cabellera.

Lozana como un fruto ya maduro,
De buena fe aseguro

Que si á los quince Abriles encantaba
Y á los veinte admiraba,
Seguia á los cuarenta mereciendo,
Pues toda la ciudad aseguraba
Que Rosa (y es verdad) más bien ganaba
Que solia perder, envejeciendo.

II.

Pero la pobre Rosa
Es más que desgraciada, está celosa;
Y ya á la languidez de sus miradas
Se une de dia en dia
En su rostro de madre una sombría
Palidez de facciones fatigadas;
Pues de cierta ilusion roto ya el prisma,
Su pena, más que pena, es un martirio,
Y vive en una especie de delirio
En que duda de todo y de sí misma.
La idea de su edad la atormentaba,
Pues aunque nunca se la oyó una queja,
Por momentos notaba
Que el amor de los otros la dejaba,
Aunque el que ella sintió jamas la deja.....
¡Nada á madama Sevigné curaba
Del inmenso dolor de hacerse vieja!

III.

Mas como ya sabemos
Que los años que cuenta,

Aunque parecen veinte, son cuarenta,
Haciendo Rosa de dolor extremos,
Asegura que Julio es un infame
Porque la va olvidando..... Mas ¡Dios mio!
Despues de mucho tiempo, aún cuando se ame,
En el fondo de todo ¿no hay hastío?
¡Sí! y por eso, á pesar de sus traiciones,
Es, ha sido y será Julio Montero
Un gentil y cumplido caballero,
Que vive segun Dios y sus pasiones.

IV.

Como es Julio una débil criatura
Que en sus varios amores,
Gustando del amor por sus favores
(Como hombre que cree sólo en la hermosura,
Como se cree en la esencia de las flores),
Olvida despues que ama,
Y ama despues que olvida.
Mudar, siempre mudar, ¡ley de los seres!
Dulce ley que fué el norte de su vida,
Pues poco escrupuloso en sus deberes,
Practicando esa máxima sabida
De que es fuerza adorar á las mujeres,
Despues que á Rosa amó con fanatismo
Adoró de Rosaura los encantos.
Mas ¿fué en Julio cinismo
Hacer lo que hacen tantos?
No lo creo, sabiendo por mí mismo
Que á quien más tienta el diablo es á los santos.

Por eso, aunque la madre es tan hermosa,
Ve Julio que es la hija hasta divina,
Y, en consecuencia, á Rosa
Con Rosaura reemplaza,
Pegándose aquel hombre á aquella raza,
Como se pega el muérdago á la encina.

V.

Rosaura, hija de Rosa,
Como niña nacida entre las flores,
Ademas de ser bella, era graciosa,
Pues no sé en qué botánico he leído
Que una hermosa mujer, cuando ha nacido
En medio de un jardin, es más hermosa.
Morena verdadera,
¡Cuán morena sería,
Que bien seguro estoy que pasaria
Por morena en Jerez de la Frontera!
Pecando en esta bella criatura
(Si se peca por eso)
Por demasiada gracia su hermosura,
Produce la dulzura
De su voz musical tanto embeleso,
Que el que la oye suspira,
Y hermosa hasta el exceso,
En los labios de todo el que la mira
Casi se ve cómo palpita un beso.

VI.

Perdidas y enterradas
En Rosa sus primeras emociones,
En la jóven Rosaura recobradas
Volvió Julio á encontrar sus ilusiones.
Mas cuando Rosa vió que él tiernamente
A Rosaura miraba embelesado,
Casándola de pronto honradamente,
La eliminó con honra de su lado;
Y así fué la infeliz casada en frio
Con un jóven galan de mucho brío,
Que, como un lord, de sus haciendas vive,
Que aunque se llama Blas, es muy celoso,
Que toca, baila, canta y hasta escribe
Muy poco y mal como cualquier esposo;
Y con tal casamiento,
Rosa, aunque buena madre, amante artera,
Puso por el momento
Entre Julio y Rosaura una barrera.

VII.

De todos los encantos
Que Rosaura tenía
Era el mayor, aunque tenía tantos,
Que á traves de sus ojos todavía
Sólo cruzaban pensamientos santos;
Y por eso, entregada
A nobles expansiones,

Aunque mujer casada,
Es una niña grande tan honrada,
Que no piensa en las malas intenciones;
Y de Julio Montero, que la amaba,
Ella el amor oía
Con un cierto candor que enamoraba,
Pues, casada de prisa, se creía
Libre en su amor, si en su deber esclava.

VIII.

Estando Julio de Rosaura al lado
En una noche, al acabarse el día,
Bajo el fresco rincón de un emparrado
Que entre la casa y en el jardín había,
Rosa, aunque enferma, alzándose del lecho,
Poniendo en no ser vista un gran cuidado,
Se arrastró del jardín hasta la puerta,
Y dejándola á oscuras y entreabierta,
Se puso á oír en alevoso acecho.

IX.

Y mientras Julio, que á Rosaura adora,
Con los ojos devora
Lo hermoso que nos causa calentura,
Muestra Rosaura, de abandono llena,
Aquél rostro en la flor de su hermosura,
Y ¡lo que es el amor! aunque es morena,
Salta de ella una especie de blancura.
¡Noche de amor en que el amor rebosa,

En la cual las ideas son pasiones,
En que ostentan las flores sus botones
Con toda su turgencia misteriosa!
¡Noche clara, lo mismo que la aurora,
En la que en sombras, en rumor y flores,
Y en cánticos de amor de ruiseñores,
Se agota todo un Mayo en una hora!
Y cuando así los dos gozan unidos
De una dicha sensual y candorosa,
Encienden el ardor de sus sentidos
Los magnéticos ruidos
Que, electrizando la campiña toda,
En blando movimiento,
Pasando por los nidos,
Los va arrastrando y dispersando el viento,
¡Cantor eterno de la eterna boda!

X.

Entre la sombra de la noche aquella
En que ambos frente á frente se miraron,
Y sus almas los dos se derramaron,
Ella en el pecho de él, y él en el de ella,
Se dijeron amores
Como se abren las flores,
Como un ave es cantora,
Como lo quiere, cuando se ama, el cielo,
Como en todo lugar y á cualquier hora
Alegre y bullidora
Coge el placer la juventud al vuelo;
Mientras Rosa, escondida y desalada,

Oia cada frase
Cual si sintiese el frio de una espada
Que su pecho á traicion atravesase.

XI.

Como hace amar á prisa, muy á prisa,
El ardor que circula por las venas,
Cuando se aspira una templada brisa
Que es en lo dulce un céfiro de Aténas,
Julio ciego y Rosaura placentera,
Bajan enamorados
La pendiente hechicera,
Por la cual nos empuja arrebatados
La noche, nuestro amor, la primavera.....
¡ Aquel dosel tan bello
Que forma lo gentil del emparrado!.....
¡ La bruma de un lugar poco alumbrado!.....
¡ Lo oscuro y lo nupcial de todo aquello!.....
¡ Allá suspiros, ramas y dulzura,
Y acá fe y esperanza!.....
¡ A una parte deseos y ternura,
Por otro lado el ódio y la venganza;
Y aquí y allí los débiles quejidos
Que murmuran los pájaros dormidos!.....
¡ Oh, imágen de la vida,
La dicha siempre á la desdicha unida!.....
¡ Vértigo que formaron combinados,
La tierra, los abismos y los cielos,
Eternos remolinos encontrados,
Bien y mal, luz y sombra, amor y celos!.....

XII.

Viendo Rosa llegar el gran instante
En que á su fin camina
La audacia habitual de todo amante
Que conoce la ciencia femenina,
A un ruido de suspiros que hizo el viento,
Como el vago rumor de una arboleda,
Exhaló un rudo acento
Cual si en aquel momento
Se hallase en el suplicio de la rueda;
Y cuando Rosa con furor repara
Que ya llega el instante de la hora
En que se hunde aquel puente que separa
A Eva inocente de Eva pecadora,
Al pié de la vidriera
De la puerta que daba á la terraza
Mira más..... mira más..... se desespera,
Y cae desmayada, cual si fuera
Una estatua que el rayo despedaza.

XIII.

Cuando Rosa caia sin sentido,
Cual si hubiese sufrido
Un fuerte martillazo en la cabeza,
Rosaura ante la carne, con nobleza
Casta, retrocedia,
Pues cuando ya perdía
Su corazon la calma

De un modo que no sé cómo aquel día,
Sin saber lo que hacia,
No añadió el dón del cuerpo al dón del alma,
Al corazón venció con su cabeza,
Pues, aún envuelta en fuego,
Sabía con certeza
Que el mismo Dios vuelve la vista á un ciego,
Pero no vuelve á un alma la pureza.
Y siempre decidida
A hacer guardar del deshonor su vida,
Y sabiendo además que es más seguro
Que arrostrar las pasiones
Poner en ocasiones
Entre el deber y el corazón un muro,
Se lanzó hácia la estancia,
Santuario de los juegos de su infancia.
Del jardín á la puerta se avecina,
Y, viendo que no cede, empuja airada,
Y encendida, jadeante, fatigada,
Pisa un bulto, se inclina,
Vuelve á erguirse, y camina
Como si el bulto aquel no fuese nada;
Y la enferma, que á su hija huyendo mira,
Siente, al verse pisada,
Unas ráfagas de ira
De toda madre al corazón extrañas;
Y, más rival que madre, entonces Rosa
Al tocarla aquel pié, sintió celosa
El demonio del ódio en sus entrañas.

XIV.

Cuando ve Julio que Rosaura, huyendo
Del fuego que la abrasa,
Corre ciega, y corriendo
Sobre su madre moribunda pasa,
Al umbral de la puerta,
De sorpresa y terror petrificado,
«¡Rosa!», exclama espantado.
Mas Rosa, medio muerta,
La cabeza, que á intervalos levanta,
Como cortada con un hacha gira;
Va á contestar, pero su angustia es tanta,
Que entre sus labios la respuesta espira;
Vuelve á querer hablar y se atraganta;
Y al fin, más que decirlo, así suspira:
«Me asesinaste, adios; duerme si.....» Muere
Y el «si puedes», que apenas lo profiere,
Se le heló con la vida en la garganta.

XV.

¡La luna indiferente entónces muestra
Su disco ensangrentado,
Y una espantosa lividez siniestra
Echó sobre aquel cuadro desolado!

ESCENA VII.

Mal de muchas.

EL MÉDICO. — ROSAURA.

«¿Qué mal, doctor, la arrebató á la vida?
Rosaura preguntó con desconsuelo.
—Murió, dijo el doctor, de una caída.
—Pues ¿de dónde cayó?—Cayó del cielo.»

DEL SEÑOR

D. JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

LA NAVE.—SOBRE UNA TUMBA.
AMOR É INOCENCIA.—AL CATUCHE.—LA LUNA Y LA TARDE.
Á LA MUERTE.

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. E.